

JUAN ANTONIO RAMÍREZ

Hay que leer y (ad)mirar lo que hace Scala, y luego hablar con él, para darnos cuenta de que lo suyo es algo más que un juego inocente con el lenguaje. Nada de pasatiempos ingeniosos al estilo de los de muchos poetas visuales, enrevesadores inteligentes, crucigramadores conceptistas para entretenimiento solitario en las salas de banderas de los cuarteles literarios. Se comprende que no quiera ser confundido con uno de ellos. Así pues, primer punto a destacar: los trabajos de Scala se presentan como auténticos *descubrimientos*. Pienso, por ejemplo, en los *Retratos*, con su reciente formulación tridimensional en los *Templos*, tal como los ha presentado en la exposición *POESIA ARQUITECTURA* del Conde Duque (verano de 2007): el juego de las letras que componen el nombre del retratado revela la naturaleza intransferible, el sentido único de la persona, y es sorprendente que ésta aparezca con mayor claridad en ese caligrama tridimensional que en los retratos figurativos (fotografías, por ejemplo) eventualmente conservados del personaje.

Los *Templos* de Scala (ejecutados siguiendo sus indicaciones por el artista chileno Pedro Núñez) son algo más que meros homenajes literarios: derivan, en parte, del arte de la papiroflexia y no es casualidad que uno de los homenajeados sea *Unamuno*, gran aficionado a este entretenimiento milenario y autor él mismo de un tratadillo sobre el tema. Son, por lo tanto, piezas humildes, aunque altamente refinadas. Pero ejercen una función importante en la obra de Scala porque representan muy bien el punto intermedio entre su primera vocación textual y sus preocupaciones más tardías por el espacio físico real.

Fragmentos.

Poemas Edificios. Madrid. Cajas de Uruk.

Museo de Arte Contemporáneo, Madrid, 2007